

La importancia estratégica de la Cuenca del Caribe en términos políticos y económicos

Michael Manley Ex-Primer Ministro de Jamaica. Vicepresidente de la Internacional Socialista Presidente del Partido Nacional del Pueblo (People's National Party).

Podría sostenerse que la cuenca del Caribe abarca, en rigor, a todos los países que tienen costas bañadas por el Mar Caribe. Según esta definición. Los Estados Unidos y México formarían parte de ella, aunque la extensión de ambos hace su pertenencia al grupo algo ambigua, lo cual es particularmente cierto en el caso de los Estados Unidos.

Más comúnmente se considera que la cuenca incluye a Belice, Honduras, Nicaragua, Guatemala, Costa Rica, Panamá, Colombia y Venezuela como países de tierra firme. Este grupo conforma el semicírculo occidental y meridional, con El Salvador como aditamento de validez geográfica cuestionable puesto que pertenece a la región pero no tiene costas en el Mar Caribe. Las Antillas mayores y menores conforman el semicírculo septentrional y oriental. Comenzando con la más grande, Cuba, este grupo abarca a Jamaica, Haití, República Dominicana, Puerto Rico, las Islas Vírgenes, las Islas de Barlovento y Sotavento y Barbados, terminando con Trinidad y Tobago frente a la costa nororiental de Venezuela. Además, hay un pequeño grupo de islas: Aruba, Bonaire, Curazao y Margarita, situadas inmediatamente al norte de Venezuela central, así como las islas Caimán, Turcas y Caicos, al oeste de Jamaica.

Incluyendo a Estados Unidos, tenemos diez países continentales independientes y diez países insulares independientes. Además, para señalar la complejidad política de la región, tenemos a la isla de Puerto Rico cuya posición oscila entre la de colonia autogobernada de EEUU y la de Estado de esa Unión. St. Thomas, St. John y St. Croix son colonias estadounidenses, mientras la Islas Vírgenes son colonias británicas. Martinica y Guadalupe son Departamentos de Francia. Aruba y Curazao se autogobiernan, pero mantienen vínculos específicos de dependencia con Holanda. Algunas islas del Caribe inglés en los grupos de Barlovento y Sotavento son colonias británicas autogobernadas que se encuentran en diferentes fases de negociaciones para lograr su plena independencia.

Todo análisis de la importancia estratégica de la cuenca del Caribe en términos políticos y económicos debe partir del hecho de esa complejidad y variedad. Por un lado, está México, que se extiende desde el Caribe hasta el Pacífico, con una

población de 80 millones de habitantes, una capital de 15 millones, que ocupa el segundo lugar de reservas probadas de petróleo en el mundo. En el otro lado de la escala encontramos al mini-microestado de St. Kitts/ Nevis/Anguilla. En su conjunto, estas tres islas tienen una población de menos de cien mil habitantes, están luchando por su plena independencia y, al mismo tiempo, por contener un movimiento separatista que une al pueblo de Anguilla, la más pequeña de las islas, con una población de 5 mil habitantes.

La historia moderna de la región comienza, desde luego, con el "descubrimiento" del "Nuevo" Mundo por el "Viejo", por Colón, en 1492. La era poscolombina puede dividirse en tres fases distintas. En los primeros tres siglos, la región fue colonizada por los españoles, británicos, franceses y holandeses. La explotaron, pelearon por ella y, especialmente las islas, pasaron de una potencia europea a otra, según la suerte de las guerras. Esta fue la primera fase.

La segunda abarca el siglo XIX y la primera parte del siglo XX, período caracterizado por las guerras de la independencia que condujeron a la liberación de casi todos los países de tierra firme del dominio español. Al comienzo y al fin del siglo, Haití y Cuba conquistaron su independencia de los franceses y españoles, respectivamente. Este período se destaca también por el surgimiento de una nueva potencia, los EEUU, que ampliaron su dominación mientras Europa perdía fuerza e influencia en la región. Desde la Doctrina Monroe, de 1823, y por medio de la Conferencia Panamericana de Washington, celebrada en 1889, el imperialismo estadounidense venía declarando su interés y sus intenciones con respecto al hemisferio entero, del cual la cuenca del Caribe es la parte más próxima.

El tercer período, contemporáneo, se caracteriza por el proceso de descolonización, principalmente de los territorios isleños británicos. Este período también presentó el surgimiento de un nuevo factor, consecuencia de la revolución cubana. Mientras las revoluciones burguesas caracterizaron las luchas decimonónicas contra las formas colonialistas del imperialismo practicadas en la región por Europa, Cuba introdujo una nueva dimensión en los asuntos del Caribe siendo la primera revolución marxista-leninista que ha llegado a consolidarse. Desde entonces, la política regional del último cuarto de siglo ha reflejado los diferentes intentos del gobierno estadounidense de adaptar la respuesta de los intereses económicos norteamericanos a este nuevo desafío que se presenta ante sus puertas.

En estas tres fases de su historia, la cuenca del Caribe ha sido siempre de importancia estratégica para un grupo de naciones ajenas a la región misma. Habiendo figurado los pueblos de la región poco más que como campeones en el ajedrez político de potencias mundiales, en la mayor parte de su experiencia, la dialéctica esencial del proceso histórico caribeño ha sido, primero, la lucha del pueblo entero contra los opresores o, al menos, los explotadores foráneos, para conseguir un cierto grado de autodeterminación y, segundo, la lucha de las masas para mejorar su suerte frente a estos opresores o, al menos, explotadores locales.

Las primeras guerras de liberación mostraron una tendencia a la alianza de todas las clases de la respectiva sociedad colonial, frecuentemente bajo el liderazgo de intelectuales de clase media. Después de lograr la independencia, sin embargo, las masas se dieron cuenta de que la explotación seguía siendo su sino. Nuevas oligarquías locales surgieron. Aparecieron los inversionistas extranjeros. A su debido tiempo, los pobres descubrieron que las oligarquías locales unirían sus fuerzas con los explotadores foráneos al primer indicio de resistencia masiva.

Este último factor convierte la experiencia política contemporánea de la región del Caribe tanto en un reflejo de las presiones estratégicas que dominan los acontecimientos desde México hasta Venezuela y desde Cuba hasta Curazao, como en una reacción de las mismas.

Colonialismo y explotación

La primera fase de la historia caribeña comienza con el oro. De hecho, Eric Williams, en su libro "Desde Colón hasta Castro", describe el primer viaje de Colón en 1492, como "la primera fiebre del oro en la historia del mundo moderno". Sin duda, el oro ocupaba el primer lugar de la agenda y, en los años siguientes, las grandes flotas españolas solían transportar tesoros de millones de ducados al año para beneficio de las arcas reales. Pero fue en su segundo viaje, en 1493, cuando Colón trajo lo que se ha descrito como el mejor regalo del "Viejo" Mundo al "Nuevo": la caña de azúcar.

En el curso de los 200 años siguientes, evolucionó un proceso económico que confirmó a la región y, en particular, a las islas, una importancia estratégica mucho mayor de lo que su tamaño podía sugerir. En las postrimerías del siglo XVIII, el historiador Malachi Postlethwaythe describió el imperio británico como una "magnífica superestructura del comercio americano y del poderío naval basada en una subestructura africana". Tal pretensión se justificaba por lo que vino a denominarse "comercio triangular".

La colonización del "Nuevo" Mundo proporcionó un mercado creciente para las manufacturas británicas y francesas. El desarrollo de la producción de azúcar y melaza, basada en el sistema de plantaciones y esclavismo, dio inicio al tráfico de esclavos. Los esclavos se compraron en África pagando con manufacturas europeas. De allí que un solo proceso de colonización creara dos inmensos mercados para las exportaciones europeas. Lo hizo de la manera más lucrativa imaginable, puesto que los barcos salieron de puertos europeos hacia costas africanas cargados de productos que se cambiaron por esclavos. Después, los esclavos fueron transportados al otro lado del Atlántico consiguiéndose buenas ganancias y, eventualmente, los barcos llevaron azúcar, melaza, algodón y otros productos del "Nuevo" Mundo en sus viajes de regreso a Europa, para salir nuevamente cargados con manufacturas europeas.

El comercio internacional se multiplicó de un golpe proporcionando la principal fuente financiera de la revolución industrial. El Caribe fue vital para el comercio triangular, convirtiéndose no sólo en una salida importante para las manufacturas británicas, sino también en el mercado para los productos de las colonias americanas situadas al norte y para el bacalao de la Terranova canadiense. En su obra clásica "Capitalismo y Esclavitud", Eric Williams comenta que "las Indias Occidentales se convirtieron en el eje del Imperio Británico. Sostiene, además, que "los esclavos negros hicieron de las nuevas colonias las más preciosas jamás inscritas en todos los anales del imperialismo". En el siglo XVIII, escritores como Sir Josiah Child estimaron que cada inglés de las Indias Occidentales, junto con los esclavos que trabajaban para él, generaba cuatro empleos en Inglaterra.

Otro comentarista de la época calculó que una persona en las Islas del Caribe, blanca o negra, producía tanta ganancia como siete en Inglaterra.

Si la importancia estratégica puede medirse por la atención prestada a un área en las negociaciones posteriores a períodos de guerra, las islas del Caribe poseían una importancia primaria durante estos primeros 300 años. El comercio triangular explica por qué. Sin embargo, este cómodo arreglo no pudo durar indefinidamente. El nacionalismo revolucionario simbolizado por Simón Bolívar, en el sur, y George Washington, en el norte, surgió como gran fuerza al terminar el siglo XVIII. A su debido tiempo, todo el continente, desde Washington hasta Buenos Aires, se había liberado del yugo político relacionado con la primera fase, colonial, del imperialismo moderno.

EEUU y la teoría del destino manifiesto

La segunda fase, que comenzó con el siglo XIX, es un período de transición para la cuenca del Caribe. Habiendo representado, originalmente, un valor estratégico por su oro y demás tesoros, se afianzó pronto en una cómoda posición de importancia más duradera como eje del comercio triangular. A su vez, esto condujo al florecimiento del sistema mercantilista en su más completa y exitosa expresión. Sin embargo, después de la liberación política de los países continentales, el Caribe perdió en importancia como pivote de un sistema comercial. Simultáneamente, la región dejó de ser, progresivamente, el juguete del imperialismo europeo para convertirse, cada vez más, en el foco de la política estadounidense de "zonas de influencia" y, con el tiempo, de la inversión norteamericana. Esta posición fue puesta en claro por el presidente de Estados Unidos, James Monroe.

La doctrina Monroe, proclamada en 1823 por dicho presidente, se disfrazó como declaración de la intención política de mantener el imperialismo europeo y ruso fuera de las Américas, especialmente, fuera de tierra firme. Sin embargo, el secretario de Estado, John Quincy Adams, autor del discurso en que se expuso la doctrina, no dudó del verdadero propósito de la misma. En un memorándum dirigido al presidente, en el que Adams defendió su doctrina, dejó claro que los EEUU

dependían de su posición en el comercio internacional y debían asegurar los "intereses pecuniarios" de todos sus ciudadanos, quienes participaban y se beneficiaban del comercio hemisférico.

Al pasar los años y al incrementarse más y más las inversiones estadounidenses en todo el continente, la cuenca del Caribe ocupó una nueva posición de importancia estratégica. Al sostenido interés del "Viejo" Mundo en las islas, se añadió un creciente interés por parte del gigante emergente del "Nuevo" Mundo. Para 1893, el capitalismo estadounidense se había desarrollado hasta el punto en que fue necesario encontrar con urgencia nuevos mercados para excedentes crecientes y zonas ultramarinas donde invertir los capitales ociosos en constante aumento. Los EEUU se habían hecho tan fuertes y seguros de su papel que protagonizaron la Conferencia Panamericana de Washington, que sesionó durante seis meses, en los años de 1889 y 1890. En esta conferencia nació la teoría del "destino manifiesto", donde los EEUU defienden su derecho y deber de liderizar el hemisferio, económica, política y, por supuesto, militarmente.

Dos comentarios hechos a la sazón probarían, cada uno a su manera, su carácter profético. Un senador republicano, Albert J. Beveridge, dijo en ese entonces: "Las fábricas americanas producen más de lo que el pueblo americano puede usar. La tierra americana produce más de lo que el pueblo puede consumir. El destino ha esbozado nuestra política. El comercio mundial debe ser y será nuestro. Y lo lograremos tal como nos enseñó la Madre Inglaterra. Estableceremos puestos comerciales en el mundo entero, como centros de distribución de bienes americanos. Cubriremos los océanos con nuestra marina mercante. Construiremos una marina de guerra acorde con nuestra grandeza. Grandes colonias nacerán alrededor de nuestros puestos comerciales, autogobernadas pero bajo nuestra bandera y comerciando con nosotros. Nuestras instituciones seguirán a nuestros comerciantes en las alas de nuestro comercio. La ley americana, el orden americano y la bandera americana serán plantados en costas hasta ahora sangrientas, embellecidas e iluminadas en el futuro, por estos instrumentos de Dios".

Ni siquiera la altisonancia del lenguaje puede ocultar el empuje de la idea.

Al mismo tiempo, el gran patriota cubano José Martí estaba cubriendo la conferencia para el diario bonaerense La Nación. En lo que puede interpretarse ahora como una de las réplicas más acentuadas y proféticas de la historia del Caribe, Martí escribió en su comentario del 2 de noviembre de 1889:

"Nunca en la historia de las Américas, desde los días de la Independencia hasta ahora, ha surgido un asunto que requiera mayor ecuanimidad o atención o que deba ser examinado más clara y minuciosamente, que el llamado hecho por los EEUU, poderosos, reventando de productos invendibles y determinados a ampliar su dominio sobre las Américas, a las naciones americanas más débiles, vinculadas al pueblo europeo por un comercio libre y lucrativo, de unirse en una liga contra Europa para cerrar tratos con el resto del mundo. Hispanoamérica logró

salvarse de la tiranía española y ahora, habiendo analizado juiciosamente los antecedentes, las causas y los factores del llamado, es vital afirmar, porque es la verdad, que ha llegado el tiempo para que la América española declare su segunda independencia".

Aun cuando se buscara poner con la Conferencia Panamericana un disfraz seudofilosófico para encubrir el proceso de dominación económica, éste evolucionó sin miramientos. Pronto, casi toda Centroamérica, Cuba y la República Dominicana fueron literalmente inundadas por el capital estadounidense. Las "repúblicas bananeras" habrían de confirmar la capacidad profética de Martí quizás antes de lo que el mismo temiera. En los 50 años siguientes, las intervenciones militares de EEUU en Guatemala, Honduras, Panamá, Cuba, la República Dominicana - la lista es tan interminable como innumerables son las intervenciones - se convirtieron en un sórdido lugar común de la historia de la cuenca del Caribe.

Cuando Fidel Castro bajó repentinamente de la Sierra Maestra, en 1959, los fundamentos de la importancia estratégica contemporánea de la región del Caribe ya habían sido echados con los miles de millones de dólares de inversiones norteamericanas en toda el área, hechas por las omnipresentes corporaciones transnacionales de EEUU, cuyos tentáculos llegaron por doquier y a través de un proceso previsto por Beveridge cuando dijo: "... grandes colonias nacerán alrededor de nuestros puestos comerciales". Al mismo tiempo, Martí había trazado las líneas del combate. Hablando del interés opuesto que habría de ofrecer el otro lado de la dialéctica de la América Latina contemporánea y, necesariamente, de la historia del Caribe, declaró que ha llegado el momento de que la Hispanoamérica declare su segunda independencia.

La política hegemónica de EEUU y el desafío de Cuba

Los inmensos cambios en la política internacional después de la Primera Guerra Mundial proporcionaron la base para la tercera fase de la historia del Caribe, es decir, la actual. En consecuencia, los años comprendidos entre 1918 y 1945 ayudan a entender la relación de fuerzas en el mundo dentro de la cual los países de la región se esfuerzan ahora por superar sus grandes problemas de pobreza y subdesarrollo. Este período vio el surgimiento de los EEUU no sólo como gran potencia imperialista y hegemónica en las Américas, sino, además, como fuerza dominante en la economía mundial. Al comienzo de la Primera Guerra Mundial, por ejemplo, los EEUU eran deudores de los Estados Europeos. Al terminar la guerra, se habían convertido en acreedor mundial ya que, para agosto de 1920 habían concedido créditos a sus aliados por un valor total de \$ 9.712 millones. Durante la guerra, las ganancias estadounidenses se elevaron a \$ 33.168 millones y, en el mismo período, aparecieron 17 mil nuevos millonarios en el escenario.

En la Segunda Guerra Mundial, a pesar de que no cayó una sola bomba sobre territorio estadounidense, el complejo militar-industrial y la banca incrementaron sus ganancias dramáticamente como lo demuestra la siguiente tabla:

Aun cuando los Estados Unidos surgieron como potencia capitalista dominante, la revolución rusa y el surgimiento de la Unión Soviética como primer Estado Socialista tendrían que modificar irrevocablemente el equilibrio de fuerzas en el mundo moderno. El capitalismo ya no sería el único modelo al que los pueblos podían aspirar. El imperialismo ya no avanzaría desenfrenadamente por la faz de la tierra. A partir de ese entonces, existiría otro modelo para ser examinado y hasta emulado. Un bastión de fuerza antiimperialista potencial comenzaría a tomar cuerpo. Las consecuencias se harían sentir incluso en la lejana cuenca del Caribe.

Al mismo tiempo, las grandes potencias industriales habían llegado a la conclusión, en 1945, de que una competencia descontrolada entre los diferentes elementos nacionales del sistema imperialista internacional era ruinoso, destructiva y, en última instancia, estúpida. Bretton Woods fue más que una tentativa de racionalidad monetaria. Reflejó, sobre todo, el reconocimiento mutuo de que, para sobrevivir, el sistema imperialista de capital financiero organizado en una red creciente de corporaciones transnacionales debía aprender a cooperar, en el sentido más amplio, incluyendo las áreas económica y política y la capacidad de hacer la guerra. Es inútil especular qué papel jugó, en este reconocimiento, la experiencia de las guerras comerciales y la gran depresión de los años 30. Es difícil estimar si éstas jugaron el papel principal o el temor a la amenaza, real o imaginaria, del comunismo internacional. Cualquiera que sea la verdad, la cuenca del Caribe fue afectada por el nuevo enfoque y la nueva aceptación de los EEUU como líder del mundo "libre", mundo "imperialista" o mundo "desarrollado", según la ideología que uno profese y, en consecuencia, el lenguaje que uno prefiera.

Se aceptó, por consenso general, que las potencias europeas ejecutarían un programa, cuidadosamente cronometrado, de arriar las banderas imperialistas que, en 1945, ondeaban todavía en la mayoría de las islas integrantes de la región caribeña. El pabellón británico flotando a los vientos alisios del Caribe es una contradicción en un Mar elevado a la categoría de **mare nostrum** por la política estadounidense. El arreglo tenía que ser amistoso porque, ahora, los EEUU eran miembros de la organización del Tratado del Atlántico Norte (OTAN) junto con las mismas potencias frente a las cuales ellos se habían "reservado su terreno" mediante la doctrina Monroe de 1823. La crisis de las Islas Falkland/ Malvinas demostraría, por fin, la irrelevancia total de la Doctrina Monroe en términos de sus expresas intenciones originales. Pasaron 159 años hasta que se viera claramente lo que fue evidente desde el principio, a saber, que la doctrina se refería, ni más ni menos, a los intereses económicos de EEUU.

Los EEUU, en un proceso mucho más complicado que el presagiado por el senador Beveridge en 1889, nunca buscaron izar su bandera en ultramar salvo en circunstancias excepcionales. Prefiriendo trabajar mediante el apoyo de oligarquías

locales y la dependencia de la región de tecnología y excedentes de capital estadounidense a fin de controlarla, la política norteamericana gira alrededor de la cantidad de las inversiones estadounidenses. Para entender la importancia estratégica actual de la cuenca del Caribe es necesario, pues, analizar la presencia económica de EEUU.

Es un hecho que la mayor parte de la industria petrolera de la región ha sido nacionalizada. Sin embargo, los EEUU siguen teniendo gran interés en el acceso a los recursos de petróleo y gas natural de la región. Las reservas de bauxita de países como Jamaica, Surinam y Guyana siguen siendo de vital interés para la industria del aluminio estadounidense y, por extensión, a los que planifican la capacidad militar de EEUU. Las inversiones en el banco y otras actividades agrícolas son enormes. Cobra cada vez mayor importancia una plétora de actividades manufactureras y de elaboración, desde Colgate-Palmolive y las plantas de ensamblajes de automóviles hasta las representaciones, en cada uno de los territorios, de gigantes tecnológicos como la IBM. Analizar el papel de la ITT en el derrocamiento de Allende en Chile es algo como tocar el tope del iceberg que hundió al Titanic.

Es significativo el hecho de que tales inversiones en toda la región no representaron grandes salidas de capital norteamericano. En la mayoría de los casos, las corporaciones transnacionales recurren a capitales u ahorros locales para acometer sus propósitos. Un análisis de los flujos de inversión en América Latina entre 1965 y 1980 revela que varias compañías que operan en la región a base de inversiones privadas provenientes de EEUU realizaron el 93% de su producción recurriendo a los mercados locales anfitriones de las compañías en cuestión.

Además, entre 1965 y 1980, el 52% de todas las ganancias de las sucursales estadounidenses que operan en América Latina se repatrió a EEUU. Esto significa que, de cada dólar de ganancia neta obtenido por una filial de una corporación transnacional, 52 centavos salieron del país, aun cuando el 78 por ciento de la inversión realizada para generar ese dólar proviniera de fuentes locales. Entre 1960 y 1970, las corporaciones norteamericanas financiaron el 83% de sus inversiones en América Latina localmente, ya sea de ganancias reinvertidas, ya de ahorros latinoamericanos locales. De modo que sólo alrededor de un 17% de la inversión norteamericana realizada en el período representó una transferencia de capital de países ricos a países pobres. He aquí un digno sucesor de las ganancias del comercio triangular.

Al hecho objetivo de la penetración de capital debe añadirse el alcance de la dominación cultural ejercida por EEUU en toda la región. Por ejemplo, las películas de origen estadounidense ocupan el 82% del espacio fílmico en toda América Latina y el Caribe. Además, a través del control de las comunicaciones, los EEUU suministran el 72% de las noticias internacionales publicadas en la región. Finalmente la cuenca del Caribe, que incluye el Canal de Panamá, da al lado de los EEUU, y en ella se cruzan algunas de las importantes rutas marítimas del mundo.

En consecuencia, sigue siendo relevante en términos de la exacta percepción económica que inspiró a John Quincy Adams en 1823.

Mientras tanto, la cuenca del Caribe ha sido el escenario de la mayor derrota que sufrieron el sistema de corporaciones transnacionales y la política hegemónica de EEUU, a manos de la revolución cubana. Blanco principal de la CIA, sobreviviente de Bahía de Cochinos y la Crisis de los Cohetes, la revolución dirigida por Fidel Castro se ha convertido en un hecho inmensamente significativo en la vida del Caribe. Representa la primera afirmación exitosa de la cara martiana del proceso dialéctico de la región. México y, más recientemente, Venezuela han vuelto a declarar la independencia de Hispanoamérica al nacionalizar sus industrias petroleras y al proponer, de vez en cuando, iniciativas de política exterior independientes. Pero incluso estos dos gigantes de la cuenca están todavía atrapados en la red y dependen, en cierta forma, de los gigantes del sistema transnacional estadounidense.

Cuba, por otra parte, no sólo representa un desafío a la economía norteamericana, sino que tumbó completamente una típica oligarquía local y derrotándola, extirpó de la economía cubana todo vestigio de control norteamericano, eliminando, al mismo tiempo, la perspectiva de su regreso. Para los exponentes tradicionales de la política hemisférica estadounidense Cuba representa, entonces, una amenaza absoluta a los elementos básicos de la Doctrina Monroe y un repudio total a los postulados inherentes al concepto del destino manifiesto.

Todo intento de resumir la actual importancia estratégica de la cuenca del Caribe debe partir de una serie de suposiciones. Hay que considerar un punto de vista estadounidense, un punto de vista europeo y un punto de vista soviético. Estos deben, entonces, confrontarse con una interpretación de la dinámica interna de la región misma. Finalmente, hay que tratar de colocar esta dinámica en el contexto de un proceso mundial más amplio.

Hasta el presente, todas las grandes tendencias de pensamiento norteamericano sobre la región se han basado en una suposición que se convierte en imperativo de una política. Partiendo de la santidad de las inversiones extranjeras estadounidenses, el pensamiento estratégico gira alrededor de maximizar la seguridad del interés involucrado. De modo que, detrás del aparente divorcio entre la brutal franqueza hegemónica de la administración Reagan y las técnicas más solapadas del discurso pluralista de Carter, existe un propósito común. Teddy Roosevelt fue el precursor lógico de Ronald Reagan. Pero la diferencia entre su diplomacia de canonera y la "Política del Buen Vecino" de Franklin Roosevelt, fue más aparente que real. John Kennedy promovió la Alianza para el Progreso, pero estuvo tan dispuesto a buscar una solución militar en Cuba como lo había estado, más de medio siglo atrás, el primero de los Roosevelt.

El pluralismo de Carter o, al menos, su intento original de tratar los regímenes más o menos progresistas de manera imparcial siempre y cuando exhibiesen un

comportamiento respetable con respecto a los Derechos Humanos, fue loable como tal y representó un nuevo enfoque. Su motivación principal, sin embargo, no fue tanto la preocupación por los derechos de los pueblos en la región. Mas bien se predicó esa política en la creencia de que las naciones que enfrentan sus problemas con un estilo progresista o, incluso, vagamente liberal, Conducirán sociedades más estables y un entorno más seguro para el capital norteamericano.

Los cálculos de Reagan, en cambio, comienzan y terminan con la afirmación de que la fuerza y sólo la fuerza podrá proteger ese mismo capital norteamericano. Intransigentemente al lado de las oligarquías locales, sostenes principales de la presencia de inversiones norteamericanas, la política actual vuelve a planteamientos anteriores en los que temas como los derechos humanos u oportunidades democráticas se descartan por ser irrelevantes. Sin embargo, la estrategia de Reagan afronta un problema. Tiene que vencer la sensibilización creciente de la opinión pública norteamericana en torno a problemas como los derechos humanos y la democracia. Tanto Vietnam como el experimento de Carter han contribuido a crear ese nuevo factor de la política estadounidense que se enfrenta a Reagan. Para resolver el problema, Reagan tiene que inventar un "diablo" caribeño. A fin de que inspire tanto credibilidad como miedo, ese "diablo" debe tener un cuerno visible y una presencia global que se pueda sentir. De modo que Cuba representa el cuerno, en tanto que la Unión Soviética y el movimiento comunista internacional constituyen la presencia global.

En consecuencia, detrás de las trompetas y la retórica en torno a la Iniciativa de la Cuenca del Caribe (ICC), se esconde la realidad objetiva. La ICC tiene la función de encubrir el apoyo de regímenes de derecha como los de El Salvador y Jamaica. Se pretende, además, fortalecer la posición de EEUU en sus relaciones bilaterales dentro de la región; encubrir la reducción del aporte estadounidense a instituciones financieras multilaterales tales como el Banco Interamericano de Desarrollo (BID) y el Banco de Desarrollo del Caribe (BDC); promover el flujo de capital de corporaciones transnacionales hacia la región y, en general, fortalecer la superestructura de las inversiones norteamericanas en el área. Esta fachada detallada es justificada por la necesidad de "combatir" el comunismo y rechazar "intenciones" subversivas de Moscú actuando a través de su sustituto en La Habana. En todo esto, se pasa completamente por alto la realidad fundamental del Caribe, de América Latina y del Tercer Mundo: la lucha contra la pobreza y el subdesarrollo.

El punto de vista soviético es más difícil de analizar porque tenemos menos conocimiento de la dinámica interna de sus decisiones políticas. Las pruebas accesibles parecen indicar, sin embargo, que América Latina no es prioridad política para la Unión Soviética, a pesar de sus amplias y crecientes relaciones comerciales con muchos países de la región. Evidentemente, Cuba representa un compromiso histórico. La revolución cubana es compatible con el sistema por ser marxista/leninista. Además, Cuba representa un ejemplo de ese modelo de desarrollo con un importante efecto demostrativo a largo plazo en una región agobiada por las más

insidiosas formas del neocolonialismo y dominada por el imperialismo económico.

Pero es un peligroso error creer que el necesario compromiso soviético con la supervivencia y el éxito de la revolución cubana implique la voluntad de aportar recursos para la subversión de la región. Uno tiene la clara impresión de que las prioridades de la Unión Soviética están más cerca de su casa y que tiene que estirar peligrosamente sus recursos actuales debido a la necesidad de mantener un enorme aparato militar que considera indispensable para su propia sobrevivencia.

La cuenca tiene una jerarquía relativamente baja desde el punto de vista europeo. Las islas que representan, en particular, intereses comerciales y grandes poblaciones migrantes aseguran que la vieja relación colonial no puede olvidarse. No hay indicios, sin embargo, de que los antiguos gigantes del imperialismo europeo le den una profunda importancia estratégica a la región. Todos los hechos indican que la región tiene ahora importancia para los Estados Unidos y, por supuesto, para sus propios habitantes.

La verdad incontestable de que la historia de un pueblo consiste de dos elementos dinámicos, uno interno y otro externo y la interacción entre ambos, se da en el Caribe con una fuerza descomunal.

Para empezar, la historia del Caribe es relativamente corta en tanto se relaciona con los grandes factores de la demografía contemporánea. En la mayoría de las islas caribeñas, las poblaciones precolombinas han desaparecido completamente. En algunas partes de tierra firme, los habitantes aborígenes bien han sido absorbidos, hace mucho, en una cultura nueva y dominante, bien están reducidos, como sus homólogos norteamericanos, al status de enclaves con poca influencia en asuntos actuales.

Estamos hablando, entonces, de una población traída desde afuera como consecuencia de una fase determinada del imperialismo. Estructuras económicas distorsionadas han servido de base a oligarquías locales que, a su vez, han explotado las mayorías populares con crueldad sistemática. En consecuencia, la región comparte una serie de imperativos estratégicos internos: primero, la necesidad de indigenizar el sistema de control económico. Segundo, la popularización del acceso a los beneficios de la actividad económica. Tercero, equilibrar el sistema social y las oportunidades que brinda. Esto debe realizarse en un contexto donde el interés económico dominante (como propiedad extranjera y bajo su control) no tiene ninguna motivación visible de ayudar en este proceso.

En todo esto, la región representa un microcosmos del Tercer Mundo. Lo que le distingue es, sin embargo, la proximidad de la mayor fuente de imperialismo económico de la tierra. A este simple hecho de fuerza hay que agregar el alcance cultural sin precedentes del sistema estadounidense expresado por su papel domi-

nante en la diseminación de noticias y la creación de valores por medio de su control de los medios de entretenimiento masivo.

En tanto que el mundo refleje la realidad de la nación-estado y esté dominado por ese imperialismo continuo que no cesó cuando las banderas europeas fueron sustituidas por las del Tercer Mundo, la cuenca del Caribe tendrá importancia estratégica. La cuestión que se nos plantea es si podemos completar el proceso de liberación iniciado por Bolívar, Martí y Marcus Garvey. Este proceso no culminará hasta que la liberación política se plasme en una realidad de soberanía económica y en el desarrollo de una justicia social participativa para toda la gente de la región.

El modelo colonialista

Si hay una palabra que más se aproxima a reflejar la realidad social de los países de la Cuenca del Caribe, es la dependencia. Donde la dependencia económica es casi absoluta y la cultural no lo es mucho menos, la dependencia política es, mas bien, una ilusión que una realidad.

Hay que preguntarse, pues, si este grupo de naciones, territorios semi-autónomos y colonias puede encontrar una respuesta a su dilema. La necesidad de tal respuesta se sobrentiende porque su dependencia no es la dependencia confortable y próspera de una familia bien cuidada. El desempleo es común, la pobreza endémica, el analfabetismo generalizado y las disparidades entre las clases son usuales en casi toda la región.

Con la notable excepción de Cuba, la mayoría de los países de la Cuenca ha buscado soluciones aplicando su variante particular de un modelo esencialmente neocolonialista. Se da prioridad a la industrialización a través de la inversión extranjera, esperando que el incremento ulterior de la producción y del empleo resuelva los problemas.

Algunos territorios se unieron para crear zonas de libre comercio, como la CARIFTA del Caribe angloparlante, en los años 60, buscando la ampliación del mercado que sirve de base a sus economías. Más tarde, ésta se convirtió en la Comunidad Caribeña, CARICOM, que tiene el propósito explícito de proporcionar un marco político flexible para supervisar la zona de libre comercio y fomentar, en lo posible, un proceso de integración económica regional.

Ante la situación de la Cuenca del Caribe, las agrupaciones de libre comercio no son malas, pero su contribución a la solución de nuestras dificultades actuales no puede ser más que marginal. Para comprender por qué esto es así, es necesario analizar, en cada país, los efectos de la fase colonial del imperialismo, que representa la raíz histórica común de toda la región, junto con los efectos agravantes del período neocolonial en el cual estamos atrapados en la actualidad.

En cierto sentido, la región ha sido dividida en cuatro partes. Una división horizontal se debe a la historia política y otra vertical a la historia económica.

La división horizontal surgió porque las potencias imperialistas europeas, no obstante sus objetivos económicos similares, impusieron sus culturas y tradiciones a sus posesiones. Así nacieron un Caribe español, un Caribe inglés, un Caribe francés y un Caribe holandés. Cada uno de éstos vivió con su propia lengua, su cultura particular y una orientación clara hacia su respectiva "madre patria". De modo que, lejos de comprender que todos los pueblos del Caribe eran herederos de una historia común de dominación y explotación, los miembros de cada grupo cultural bien no se dieron cuenta de que otros compartían su destino, bien sintieron antipatía hacia aquellos que no pertenecían a su cultura. Los hijos del imperialismo británico, por ejemplo, miraron a los de la cultura española con un desdén que reflejaba la actitud típica de los ingleses hacia España después de la derrota de la Armada Invencible.

La división político cultural ha tenido hondas consecuencias para la política regional o, mejor dicho, la ausencia de ella, en los últimos cien años. Ni siquiera la movilización de trabajadores por encima de las barreras culturales, para cortar caña en Cuba o ayudar en la construcción del Canal de Panamá al comienzo del siglo XX, pudo romper con la tradición del aislamiento algo hostil que caracterizaba las relaciones interculturales.

El problema más profundo, sin embargo, lo representa la naturaleza del corte vertical que completa la división de la región en cuatro partes. Al igual que en el resto del Tercer Mundo, la consecuencia más determinante del imperialismo ha sido el establecimiento de todos los vínculos económicos significativos en un eje nort-sur. Este eje produce la división vertical. La anatomía de nuestra herencia es evidente. En los años cincuenta, por ejemplo, una comunicación telefónica entre Kingston y Bogotá pasaba primero al norte, vía Miami y de allí al sur. Un vuelo comercial de Bridgetown, Barbados, a Panamá se dirigía al norte antes de seguir rumbo al oeste o suroeste. Cuando los jamaquinos deseaban comprar una tableta de chocolate, cargaban su azúcar y su cacao en un barco con destino a Gran Bretaña donde refinaban el azúcar, procesaban el cacao, mezclaban ambos y devolvían el producto a Jamaica. Los anuncios diseñados en Londres convencían a los incautos del efecto salubre y del placer que les esperaban si podían reunir el dinero necesario para comprar sus chocolates en una tienda que muy probablemente pertenecía a un británico. Cuando México o la propia Jamaica necesitaban aluminio, había que llevar la bauxita jamaquina a Luisiana donde la transformaban en alúmina, la fundían en aluminio, fabricaban el producto deseado y lo enviaban al sur, a México o Jamaica. La lista de ejemplos es interminable y, no obstante el gran esfuerzo hecho por algunos países en los últimos 25 años, esta configuración sigue siendo hoy en día la realidad dominante de las economías caribeñas.

El eje norte-sur de la organización de la producción y distribución tiene dos graves consecuencias. Primero, asegura que la parte del león del excedente generado por la producción, la masa del valor agregado, se quede firmemente en las manos de las economías desarrolladas del norte. Al acumularse la mayor parte del excedente fuera de la economía local, la acumulación interna de capital en algún grado significativo se hace imposible. Los excedentes se quedan en el norte y, por lo tanto, el capital disponible también se queda en el norte. Dado que la tecnología es una función del capital disponible, los avances importantes se dan en el norte. La combinación de estos factores refuerza la dependencia en un continuo círculo vicioso.

Las zonas de libre comercio ayudan poco a resolver el problema central, porque solamente proporcionan mercados más amplios a empresas manufactureras dependientes que bien pertenecen a extranjeros, bien se abastecen de materias primas, equipos, repuestos y tecnología provenientes del norte. La aceptación poco juiciosa de los acuerdos de libre comercio puede incluso retardar soluciones estratégicas serias por enturbiar los problemas reales.

¿Cómo romper la dependencia económica y cultural?

Donde la dependencia económica es la realidad dominante de la vida, la dependencia cultural es una consecuencia inevitable. Desde que el 82% de todas las películas proyectadas en los cines de la región y el 72% de las noticias publicadas en los periódicos provienen de los EEUU, la penetración cultural necesariamente amenaza con subyugar la idiosincrasia local. Aquí los factores económicos y sociales se refuerzan mutuamente asegurando la perpetuación del sistema.

La importancia de la división horizontal se deriva del hecho de que ningún país será capaz de superar el problema de la dependencia por sí solo. Habrá que hacer grandes esfuerzos para construir las bases autóctonas de las economías nacionales, pero el problema es tan inmenso y muchos países de la región son tan pequeños que resulta casi imposible terminar la tarea si todos actúan separadamente. La cooperación económica regional debe proporcionar, como mínimo absoluto, un marco esencial dentro del cual pueda desarrollarse un proceso efectivo de autoconfianza en el campo económico. Es precisamente aquí donde el proceso imperialista ha dejado ese gran obstáculo de la división cultural que separa los sistemas nacionales. La primera prioridad debería ser la creación de una organización para la planificación efectiva de la cooperación económica regional. Pero, en lugar de eso, cada cual sigue con la ilusión de encontrar una solución puramente nacional.

El primer reto de la política caribeña es, en consecuencia, la creación de un marco orgánico. En la actualidad, las viejas divisiones horizontales empiezan a desaparecer. El intercambio cultural, programas de cooperación bilateral, la ayuda petrolera venezolano-mexicana son avances importantes en una nueva dirección regio-

nal donde se reconoce la importancia de construir puentes. Sin embargo, tales avances, al igual que las zonas de libre comercio, no son más que un comienzo. No implican la creación de un marco orgánico.

Ante todo, los líderes del Caribe deben elaborar programas que incrementen nuestra oportunidad común de escapar a la trampa de la dependencia. Después, deben definir los acuerdos institucionales necesarios para asegurar la puesta en práctica de tales programas y detectar los posibles obstáculos políticos así como la manera de salvarlos.

En el fondo, todos debemos preguntarnos si podemos hacer una estrategia que supere las divisiones culturales e ideológicas en la región, con el propósito de abordar el problema central que es de carácter económico.

En la elaboración de una estrategia económica debemos partir de los primeros comienzos. ¿Cómo habrían los países caribeños desarrollado sus estructuras económicas si el proceso histórico hubiera sido autónomo y no dirigido por intereses imperialistas externos? Sin duda, nuestra actividad económica se habría orientado, desde el comienzo, en el objetivo de producir las cosas que necesitamos con nuestros propios recursos. Las relaciones con el exterior sólo habrían surgido en la medida que no pudiéramos proveer ciertas cosas por nuestros propios medios o que dispusiéramos de algún excedente a cambiar por otro tipo de excedente que necesitáramos y encontraríamos en el exterior. Si partimos de este principio, no es difícil imaginarse lo que significaría una estrategia autodependiente en la actualidad. En el sector de servicios, existen buenas perspectivas para ampliar, cada vez más, nuestras compañías navieras.

En campos como el del aluminio, podemos unir las reservas de bauxita de Jamaica, Guyana, Surinam y Venezuela con los excedentes energéticos de Trinidad y Tobago, México y Venezuela, asegurando que los incrementos de la producción de aluminio en la región sean de nuestra propiedad controlados y comercializados por nosotros. Los recursos energéticos de la región nos permiten buscar la autosuficiencia racional, no sólo en el campo de la energía sino también en el de los derivados tales como fertilizantes u otros productos petroquímicos para la agricultura. Existe la capacidad combinada de destinar recursos importantes al desarrollo tecnológico y a la investigación científica, en un volumen muy por encima de lo que cada país podría lograr por sí solo. El comercio, las instituciones financieras y las "redes de seguridad" de las balanzas de pago de la región experimentarían cambios dramáticos si se diseñaran con un espíritu de cooperación basado en la determinación común de reducir nuestra dependencia actual.

Entre tanto, toda estrategia autodependiente está sujeta a la lucha coordinada contra las deficiencias gerenciales que caracterizan la región. Esta lucha debe formar parte de una profunda reestructuración del sistema educativo. Es aquí donde debe comenzar una nueva autoconciencia y autoconfianza a nivel regional, de

manera que los planificadores y ejecutores compartan la fe y voluntad de tener éxito.

¿Qué tipo de organización es posible? ¿Tiene la Cuenca del Caribe la voluntad de crear una institución central de planificación que pueda identificar las áreas concretas donde la cooperación regional es razonable y ventajosa? Por el momento, la respuesta tiene que ser no. Por otro lado, los territorios anglófonos ya disponen de una institución para este tipo de trabajo, el CARICOM. El problema del CARICOM no es la falta de una institución sino la falta de conciencia del significado y la necesidad de la integración económica regional. Curiosamente, los tecnócratas al servicio de las instituciones comunes del Caribe anglófono saben perfectamente lo que es necesario. Lo que falla son las dirigencias políticas y las burocracias locales.

Suponiendo, sin embargo, que tales problemas son transitorios, no es demasiado ilusorio imaginarse que los países centroamericanos formen una secretaría que podría establecer contactos con el CARICOM y, además, unirse con los países grandes como México y Venezuela y con los que tienen una posición especial, como Cuba, a fin de crear una entidad central de planificación. El progreso práctico posterior dependería de la voluntad y comprensión de las dirigencias políticas nacionales para aprovechar las oportunidades que se presenten. ¿Cuáles dificultades podemos anticipar? Evidentemente, existe un problema de inercia debido a la combinación de la costumbre y la distracción por situaciones de crisis. No debemos olvidar el hecho de que los gobiernos afrontan dificultades inmediatas y, muchas veces, agudas que absorben energía y distraen la atención y voluntad de las perspectivas a largo plazo, particularmente cuando las iniciativas estratégicas implican ideas nuevas y esfuerzos descomunales. Jamaica y México habían llegado a un acuerdo en principio sobre un proyecto conjunto de producción de bauxita-alúmina cuando México entró en su crisis financiera de 1977. El FMI estaba a la puerta echando fuego y exigiendo ortodoxia financiera. El sector privado nacional exigió mayor libertad empresarial a cambio de su cooperación. El gobierno mexicano sucumbió y abandonó un proyecto financieramente sólido y estratégicamente correcto.

Obstáculos para el cambio

Los principales obstáculos, sin embargo, son, primero, de índole ideológica; segundo, la presión externa; y tercero, la desviación interna.

El problema ideológico se planteará en dos sentidos. En la región hay líderes con perspectivas netamente neocolonialistas, por ejemplo, en Puerto Rico, por razones sistémicas y, transitoriamente, en Jamaica. Luego hay aquellos que posiblemente levanten obstáculos contra la participación de Cuba, alegando razones ideológicas. Sin embargo, las tendencias negativas de algunos de los miembros del grupo no significan que los demás deban postergar sus esfuerzos.

La cooperación regional ni representa un gran proyecto inmediato ni resuelve el problema de un solo golpe. Mas bien, se trata de una labor difícil, detallada y ardua de construir alternativas económicas paso por paso, ladrillo por ladrillo.

Un programa de cooperación económica regional afrontará los intentos sistemáticos de los intereses económicos del norte de frustrar y minar lo planeado. Por convicción, interés propio e incluso costumbre, las corporaciones transnacionales consideran el mundo y sus grandes flujos económicos como su reino exclusivo y permanente. Lucharán dondequiera se afecten sus intereses vitales. Basta con conocer las medidas retrógradas tomadas por el gobierno de Reagan respecto al Derecho del Mar para darse cuenta del poder de las corporaciones transnacionales. Insatisfecho con sus derechos según los tratados propuestos, el sistema transnacional continuó presionando hasta encontrar, oportunamente, su instrumento político para bloquear el progreso limitado que se había hecho hacia un acuerdo internacional que protegiera en algo los intereses económicos de las naciones pequeñas. No satisfecho con lo que ya controla, el sistema transnacional insiste en su derecho a todas las riquezas, todavía sin explorar, de los fondos marítimos internacionales. Dondequiera que se propongan programas regionales de explotación minera, por ejemplo, podemos estar seguros de que el sistema empleará todo el poder e influencia a su alcance para desviar y frustrarlos.

Tampoco debemos ignorar que habrá intentos de desviación interna. Además de la ya mencionada distracción por situaciones de crisis, es de esperar que elementos de las burguesías económicas locales miren con reojo la planificación regional seria. Gran parte del sector privado del Caribe sufre, en el mejor de los casos, de una lealtad dividida. Aunque sean costarricenses, mexicanos o trinitarios por nacimiento o incluso afecto, no dejan de ser productos de una historia en la que su situación económica se debe a su habilidad tradicional de moverse en el eje nortesur. Con frecuencia, sus familias fueron los intermediarios de la orientación nortesur, beneficiándose de ella. No cabe duda, pues, que todo intento de establecer una orientación económica de este a oeste, de vecino a vecino, será interpretado como un reto a intereses de clases. Los argumentos que aducirán casi pueden escucharse: que los gobiernos se ocupen de los problemas a sus puertas y dejen de entregarse a imaginarios proyectos de cooperación regional a largo plazo. Dado que los pueblos están sujetos a presiones inmediatas de su pervivencia y no han tomado conciencia plena de causas históricas más profundas, no es difícil imaginarse que puedan ser movilizados para rechazar la única estrategia que puede producir resultados claros.

El reto se dirige, entonces, a la voluntad política y la creación de conciencia popular. Hace falta una visión caribeña. Tal visión debe ser lo suficientemente amplia y enérgica como para abarcar las ideologías que comparten un patriotismo común. Respecto a esto, la región del Caribe no se distingue del resto del Tercer Mundo. El dilema es universal y la respuesta estratégica es la misma. Los esfuerzos regionales, sin embargo, son particularmente importantes precisamente por-

que, en una región, resulta más fácil crear organizaciones y establecer programas concretos. Desde el punto de vista conceptual, la tarea es igual en todo el Tercer Mundo, pero las perspectivas para encontrar soluciones son más favorables en grupos más pequeños.

La iniciativa de la Cuenca del Caribe (ICC) debe juzgarse en este contexto. Sin duda, el aumento del apoyo a las balanzas de pago ayuda, por pequeño que sea. También lo hace un acuerdo de libre comercio en una sola dirección, si es que se logra. Pero en su totalidad, la ICC es completamente inadecuada para la tarea que afronta la región. De hecho, es más que sólo inadecuada; no tiene importancia para esas necesidades. Es bueno recordar que el gobierno de Reagan propuso la ICC, entre otras cosas, como instrumento bilateral para reforzar y extender todas las fuerzas que mantienen separadas las naciones de la región.

Si la ICC estimulara, por casualidad, el proceso de toma de conciencia regional, habrá tenido un resultado sin intención, pero positivo. Si, por otro lado, elementos significativos del liderazgo de la región la agarran como instrumento de salvación, ella puede causar daño. Todo lo que retarde el reconocimiento de las causas reales de nuestros problemas prolongará nuestra agonía. Si la ICC tiene este efecto, habrá logrado gran parte de su propósito intrínseco haciendo el peor servicio a la región.

En última instancia, es tarea de los líderes caribeños darse cuenta que Europa vio la región como zona que podía explotar para beneficio propio. En la fase neocolonial de la historia, los EEUU nos ven con la misma claridad geopolítica. Depende de nosotros, el pueblo, que nos veamos a nosotros mismos como nos ven otros, echando así el fundamento de nuestra salvación.